

El corazón de Inglaterra

www.elboomeran.com

Jonathan Coe

El corazón de Inglaterra

Traducción de Mauricio Bach



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Middle England
Viking
Londres, 2018

Ilustración: «Punch and Judy» (detalle), Liz Wright, 1999.
© Bridgeman Images

Primera edición: octubre 2019

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Mauricio Bach, 2019

© Jonathan Coe, 2018

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2019

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-8050-2

Depósito Legal: B. 20380-2019

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Para Janine, Matilda y Madeline

La Inglaterra feliz

En las últimas décadas del siglo, el término «británico» como autodescripción empezó a ofrecer algo más [...]. Había en él lugar para los recién llegados del extranjero y para personas como yo a las que nos parecía atractiva su amplitud y laxitud. He aquí un nacionalismo cívico que serpenteaba plácidamente como un viejo río que había perdido la peligrosa fuerza torrencial de aguas arriba.

IAN JACK, *The Guardian*, 22 de octubre de 2016

Abril de 2010

El funeral había terminado. La recepción posterior había empezado a decaer. Benjamin decidió que ya era hora de marcharse.

–¿Papá? –dijo–. Creo que voy a ir tirando.

–De acuerdo –replicó Colin–. Pues me voy contigo.

Se dirigieron hacia la puerta y lograron salir sin despedirse de nadie. La calle del pueblo estaba desierta y silenciosa a esa hora de la tarde.

–En realidad no deberíamos habernos marchado de este modo –dijo Benjamin, volviéndose, dubitativo, para echar un vistazo al pub.

–¿Y por qué no? Ya he hablado con todos los que quería hacerlo. Vamos, llévame al coche.

Benjamin dejó que su padre se le cogiera del brazo sin mucha fuerza. Con esta apoyatura mantenía mejor el equilibrio. Con una lentitud indescriptible empezaron a avanzar arrastrando los pies hacia el aparcamiento del pub.

–No quiero volver a casa –comentó Colin–. Sin ella, no me siento capaz de afrontarlo. Llévame a tu casa.

–Por supuesto –dijo Benjamin, pese a que era lo que me-

nos le apetecía en estos momentos. Todo lo que se había prometido (soledad, meditación, un vaso de sidra bien fría en la vieja mesa de hierro forjado, el murmullo del río en su eterno fluir) desapareció como succionado hacia el cielo del atardecer. Pero qué más daba. Su obligación hoy era estar por su padre—. ¿Quieres quedarte a dormir?

—Sí, me gustaría —dijo Colin, pero no le dio las gracias. Últimamente rara vez lo hacía.

El tráfico era denso y llegar a casa de Benjamin les llevó casi hora y media. Atravesaron el corazón de la Inglaterra central, siguiendo más o menos el curso del río Severn y pasando por varios pueblos: Bridgnorth, Alveley, Quatt, Much Wenlock y Cressage, un trayecto plácido y anodino, en el que lo único reseñable era la sucesión de gasolineras, pubs y centros de jardinería, mientras que los indicadores marrones de patrimonio invitaban al aburrido viajero a más alejadas tentaciones de parques naturales, mansiones conservadas por el National Trust y jardines botánicos. La entrada de cada pueblo no estaba solo marcada por el cartel que anunciaba su nombre, sino por un parpadeante recordatorio de la velocidad a la que conducía Benjamin y una señal de advertencia conminándolo a reducirla.

—Vaya pesadilla, estos radares de velocidad, ¿no crees? —comentó Colin—. Estos cabrones solo buscan sacarte pasta a cada paso que das.

—Supongo que también ayudan a prevenir accidentes —dijo Benjamin.

Su padre lanzó un gruñido escéptico.

Benjamin encendió la radio, que, como de costumbre, estaba sintonizada en el dial de Radio Tres. Estaba de suerte: el movimiento lento del *Trío para piano* de Fauré. Los melancólicos y tenues contornos de la melodía no solo resultaban un óp-

timo acompañamiento para los recuerdos sobre su madre que hoy le venían a la mente (y probablemente también a la de Colin), sino que también parecían actuar como un reflejo sonoro de las suaves curvas de la carretera e incluso del verde apagado del paisaje que atravesaban. El hecho de que la música fuese con toda claridad francesa no tenía mayor importancia: emanaba de ella una sensación de comunidad, de energía compartida. Con ella Benjamin se sentía completamente en casa.

—Quita ese barullo —le pidió Colin—. ¿No podemos escuchar las noticias?

Benjamin dejó discurrir los últimos treinta o cuarenta segundos del movimiento y cambió a Radio Cuatro. Era la hora del programa de actualidad de la tarde y de inmediato se sumergieron en el familiar universo del combate de gladiadores entre el entrevistador y el político de turno. Iban a celebrarse elecciones generales al cabo de una semana. Colin iba a votar a los conservadores, como llevaba haciendo en todas las elecciones británicas desde 1950, y Benjamin, como de costumbre, se mostraba indeciso, por lo que había decidido no votar. Nada de lo que oyesen por la radio durante los próximos días les iba a hacer cambiar de opinión. La gran noticia del día parecía ser que el primer ministro, Gordon Brown, que luchaba por la reelección, había sido pillado por un indiscreto micrófono abierto describiendo a una potencial votante como una «intolerante», y los medios le estaban sacando punta al asunto.

—El primer ministro ha mostrado su verdadera faz —opinaba, regodeándose, un diputado conservador—. Desde su punto de vista, alguien que expresa esta legítima preocupación es un intolerante. Y este es el motivo por el que en este país jamás vamos a poder tener un debate serio sobre inmigración.

—Pero lo cierto es que el señor Cameron, su líder, también es muy reticente...

Benjamin apagó la radio sin dar explicaciones. Durante un rato siguieron en silencio.

—Ella no soportaba a los políticos —dijo Colin, haciendo emerger de pronto algún tren subterráneo de su pensamiento y sin necesidad de especificar a quién se refería con lo de «ella». Habló en voz baja, impregnada de remordimientos y emoción contenida—. Opinaba que eran todos unos impresentables. Todos unos corruptos, del primero al último. Que amañaban sus gastos, no declaraban los intereses que cobraban, mantenían media docena de trabajos incompatibles...

Benjamin asintió, recordando que de hecho era el propio Colin y no su fallecida esposa quien estaba obsesionado con la venalidad de los políticos. Era uno de los pocos temas capaces de hacer que este hombre de natural taciturno se volviese parlanchín, y tal vez lo mejor fuese dejarle hablar, para evitar que lo siguieran afligiendo los recuerdos dolorosos. Pero a Benjamin la idea no le hacía ni pizca de gracia. Acababan de celebrar una ceremonia para despedirse de su madre y no iba a permitir que una de las diatribas de su padre embruteciese este día sagrado.

—En realidad, lo que siempre me gustó de mamá —dijo, a modo de maniobra de distracción— es que nunca sonaba amargada cuando hablaba de este tipo de cosas. Ya sabes, aunque algo no le pareciese bien, no dejaba que la irritase, tan solo la... entristecía.

—Sí, era una persona muy dulce —coincidió Colin—. Una gran persona. —No dijo más, pero unos segundos después se sacó del bolsillo del pantalón un pañuelo de aspecto repugnante y se secó los ojos con él, de forma lenta y meticulosa.

—Te va a resultar raro estar solo —le comentó Benjamin—. Pero sé que te acabarás adaptando, estoy seguro.

Colin miró al vacío y dijo:

—Hemos estado juntos cincuenta y cinco años...

—Lo sé, papá. Va a ser duro. Pero vas a tener a Lois cerca la mayor parte del tiempo. Y yo tampoco vivo tan lejos. Desde luego que no.

Siguieron avanzando por la carretera.

Benjamin vivía en un molino reformado en la ribera del río Severn, a las afueras de un pueblo al noreste de Shrewsbury. A la casa se llegaba tomando un camino de una sola dirección rodeado de árboles y frondosos setos a ambos lados. Se había mudado a este lugar absurdamente recóndito y aislado a principios de año, después de comprarlo gracias a la venta de su apartamento de dos dormitorios en Belsize Park, de la que además le había quedado un remanente suficiente para financiarse su modesto tren de vida durante varios años. La casa era demasiado grande para un hombre soltero, pero todavía no era soltero cuando la compró. Tenía cuatro dormitorios, dos salas de estar, un comedor, una gran cocina americana con electrodomésticos Aga y un estudio con unos amplios ventanales emplomados que daban al río. Hasta entonces Benjamin había sido muy feliz allí y había disipado las sospechas de amigos y familiares que consideraban que había cometido un terrible error.

La casa estaba plagada de rincones traicioneros y escaleras estrechas y empinadas. No era el sitio más adecuado para traer a su padre de ochenta y dos años. Sin embargo, Benjamin se las apañó para sacarlo del coche, ayudarlo a subir por la escalera hasta la sala de estar y desde allí el siguiente tramo –más corto, pero con un giro complicado hacia la derecha– hasta la cocina, después salieron por la puerta trasera y bajaron los escalones metálicos que llevaban a la terraza. Le buscó un cojín, le sirvió en un vaso una cerveza de lata y estaba ya sentándose a su lado para mantener una conversación de compromiso junto al río cuando oyó un coche que se detenía ante la puerta principal.

–¿Quién demonios será?

Colin, que no había oído nada, se limitó a mirarlo con desconfianza.

Benjamin se levantó y se dirigió con paso rápido hacia la sala de estar. Abrió la ventana y al inclinarse para observar el

jardín delantero vio a Lois y su hija Sophie plantadas ante la puerta, a punto de llamar.

–¿Qué hacéis aquí? –les preguntó.

–Llevo una hora intentando contactar contigo por teléfono –le respondió su hermana–. ¿Por qué narices lo tienes desconectado?

–Lo he desconectado porque no quería que empezase a sonar en medio del funeral –explicó Benjamin.

–Estábamos muy preocupadas por ti.

–No teníais por qué. Estoy bien.

–¿Por qué te has largado sin decir nada?

–Necesitaba salir de allí.

–¿Dónde está papá?

–Aquí conmigo.

–Nos lo podrías haber dicho.

–No he caído.

–¿No te has despedido de nadie?

–No.

–¿Ni siquiera de Doug?

–No.

–Ha venido desde Londres.

–Ya le mandaré un mensaje.

Lois suspiró. A veces su hermano la sacaba de sus casillas.

–Bueno, ¿al menos nos vas a dejar entrar y nos vas a ofrecer una taza de té?

–De acuerdo.

Las guió a través de la casa y se unieron a Colin en la terraza, mientras Benjamin se quedaba en la cocina preparando el té y una copa de vino blanco para Sophie. Llevó las bebidas en una bandeja, bajando con cuidado los escalones y parpadeando cuando el sol del atardecer le dio directo en la cara.

–Ben, aquí fuera se está de maravilla –comentó Lois.

–Te debe ir estupendo para escribir –dijo Sophie–. Podría quedarme aquí escuchando el río y trabajando durante horas.

–Ya te lo dije –le recordó Benjamin–, puedes venir cuando quieras. Acabarías la tesis en un periquete.

Sophie sonrió y explicó:

–Ya la he terminado. La acabé la semana pasada.

–Guau. Felicidades.

–Tu madre nunca entendió qué le habías visto a este sitio –dijo Colin–. Y yo tampoco. Está en medio de la nada.

Benjamin digirió el comentario y pensó que no merecía respuesta, aunque fuese capaz de articular una.

–Ah, vaya –dijo, y por fin pudo sentarse, dejando escapar un cansino y leve suspiro de satisfacción. Estaba a punto de tomar el primer sorbo de té cuando oyó otro coche que se detenía ante la casa.

–¿Qué puñetas...?

Volvió a asomar la cabeza por la ventana de la sala de estar y en esta ocasión divisó el coche de Doug, que estaba inclinado, con el culo saliendo por la puerta, mientras cogía un portátil del asiento trasero. De pronto se incorporó y Benjamin descubrió desde este ángulo algo en lo que hasta ahora nunca se había fijado: la calva en la coronilla de Doug. Una calva cada vez más pronunciada. Por un instante, Benjamin sintió una punzada de mezquina y competitiva satisfacción. Doug lo vio y gritó:

–¿Por qué tienes el móvil apagado?

Sin responder, Benjamin bajó para abrirle.

–Hola –dijo–. Acaban de llegar Lois y Sophie.

–¿Por qué te has marchado sin despedirte?

–Es como el principio de *El Hobbit*. Una partida inesperada. Doug lo echó a un lado con delicadeza.

–De acuerdo, Bilbo –dijo–. ¿Me vas a dejar entrar?

Subió escaleras arriba, dejando a Benjamin paralizado por la sorpresa, y fue directo a la cocina. Doug solo había estado en la casa una vez, pero parecía recordar a la perfección cómo moverse por ella. Cuando Benjamin lo alcanzó ya había sacado el portátil de la funda, se había instalado en la cocina y estaba tecleando.

–¿Cuál es la contraseña de tu wifi? –le preguntó.

–No lo sé. Tendré que mirarlo en el router.

–Pues date prisa, por favor. –Mientras Benjamin desaparecía en la sala de estar para cumplir la misión encomendada, Doug le gritó–: Por cierto, muy bonito el discurso de hoy.

–Gracias.

–Bueno, no el discurso, el panegórico, o como sea que se llame. Has conseguido que a mucha gente se le saltasen las lágrimas.

–Bueno, supongo que esa era la idea.

–Hasta Paul parecía emocionado.

Mientras apuntaba la contraseña, Benjamin se quedó petrificado al oír mencionar el nombre de su hermano. Al poco rato reapareció en la cocina y dejó el pedazo de papel junto al ordenador de Doug.

–Tiene narices que se haya presentado hoy.

–Ben, era el funeral de su madre. Tiene todo el derecho a aparecer.

Benjamin no dijo nada, se limitó a coger un trapo de cocina y se puso a secar unas tazas.

–¿Has hablado con él? –le preguntó Doug.

–Llevo seis años sin hablar con él. ¿Por qué iba a hacerlo hoy?

–De todos modos, ya se ha marchado. De vuelta a Tokio. El vuelo despegaba de Heathrow a las...

Benjamin se dio la vuelta. Tenía la cara enrojecida de rabia.

–Doug, me importa un carajo. No quiero saber nada de él, ¿de acuerdo?

–Entendido. Ningún problema. –Doug, escarmentado, se puso de nuevo a teclear.

–Y por cierto, gracias por venir hoy –le dijo Benjamin, en un esfuerzo por reconciliarse con él–. De verdad que te lo agradezco. A papá le ha llegado al corazón.

–Has elegido un pésimo día –se quejó Doug, sin levantar la vista de la pantalla–. Llevo cuatro semanas siguiendo a Gor-

don en el recorrido de su campaña. ¿Y qué ha sucedido durante todo este tiempo? Nada. Y justo hoy se desatan los infiernos y yo no estoy allí. Porque estoy retenido en un crematorio de Redditch... –Sin dejar de teclear en ningún momento, no parecía consciente de la brusquedad de sus comentarios–. Ahora tengo que mandarles un artículo de un millar de palabras antes de las siete y lo único que sé es lo que he oído por la radio.

Benjamin trató de llamar su atención sin conseguirlo y finalmente dijo:

–Bueno, mira, te dejo con lo tuyo.

No obtuvo respuesta, de modo que optó por marcharse y cuando ya salía por la puerta de la cocina a la terraza oyó que Doug le preguntaba sin alzar la vista:

–¿Puedo quedarme aquí esta noche?

Sorprendido por la pregunta, Benjamin dudó unos instantes y asintió.

–Claro.

Ninguno de los invitados sentados en la terraza esa tarde llegaría a enterarse, porque jamás le contaría la verdad a ninguno de ellos, pero Benjamin había comprado esta casa para hacer realidad una fantasía. Muchos años atrás, en mayo de 1979 –cuando Gran Bretaña se preparaba, como ahora, para unas trascendentales elecciones generales–, sentado en un pub llamado The Grapevine en Paradise Place, Birmingham, se había puesto a fantasear sobre su futuro. Imaginó que Cicely Boyd, la chica de la que estaba enamorado, seguiría compartiendo su lecho décadas después, y una vez casados, cerca de la sesentena y con los hijos ya fuera de casa, vivirían los dos en un molino reformado en Shropshire, donde Benjamin escribiría música y Cicely escribiría poesía y por las noches organizarían espléndidas cenas para sus amigos. «Organizaremos cenas de esas que la gente no olvida», se había dicho a sí mismo. «La gente atesorará

como recuerdos imborrables las veladas pasadas en nuestra casa.» Obviamente, las cosas no salieron tal como se esperaba. Desde aquel día no volvió a ver a Cicely durante años. Pero al final volvieron a encontrarse y vivieron juntos en Londres durante varios años que fueron..., bueno, siendo francos, desoladores, porque Cicely estaba muy enferma y era desesperante vivir con ella, y en un último intento de hacer realidad esa fantasía, en un perverso esfuerzo por revivir el pasado llevando a cabo su visión pasada del futuro, Benjamin había sugerido vender el apartamento y utilizar parte del dinero para comprar esta casa y utilizar otra parte para enviar seis meses a Cicely al oeste de Australia, donde se decía que un médico había desarrollado una cura, carísima pero milagrosa, para la esclerosis múltiple. Y tres meses después, cuando ya había comprado la casa y estaba empezando a amueblarla y decorarla, Cicely le envió un email desde Australia con buenas y malas noticias: la buena noticia era que, en efecto, había mejorado, incluso por encima de las expectativas; la mala era que se había enamorado del médico y no iba a regresar a Inglaterra. Y Benjamin, para su propia sorpresa, se sirvió un generoso vaso de whisky, se lo bebió, se pasó unos veinte minutos riéndose como un suicida chiflado y después siguió pintando el friso, y desde entonces no había vuelto a pensar en Cicely. Y así fue como a los cincuenta acabó viviendo solo en un enorme molino rehabilitado en Shropshire y descubriendo para su sorpresa que nunca había sido más feliz.

Se alegraba de que Lois y Sophie estuvieran allí esa tarde, pese a que su hermana se había presentado hecha una furia. Sabía que el malhumor de su padre no era otra cosa que una máscara para ocultar la melancolía en la que se iría sumergiéndose cada vez más hondo a lo largo de las próximas horas. Podía contar con Lois y Sophie para buscar el punto de equilibrio adecuado, el equilibrio entre el duelo por la muerte de Sheila (tan solo seis semanas después de que le diagnosticasen un cáncer de hígado) y el intento de evocar momentos familiares más

alegres: historias de infrecuentes pero memorables cenas celebradas por puro capricho en los años setenta, con comida, bebida y vestimentas que hoy resultaban inauditas; unas desastrosas vacaciones en el norte de Gales, con las ovejas balando desamparadas en los campos y la lluvia repiqueteando sin tregua en el techo de la autocaravana; unas vacaciones más gratificantes en los ochenta, un viaje de Colin y Sheila a Dinamarca para visitar a unos viejos amigos, al que se llevaron con ellos a Sophie, mimando a su única nieta. Sophie evocó en voz alta la bondad de la abuela, cómo se acordaba siempre de cuáles eran tus platos favoritos, se interesaba por saber cómo estabas, se acordaba de los nombres de tus amigos y te hacía las preguntas pertinentes sobre ellos, y había mantenido esa forma de ser hasta el final; pero como, mientras hablaba, Colin empezó a mostrarse de nuevo ausente y desolado, Benjamin dio una palmada y dijo: «Bueno, ¿a quién le apetece un poco de pasta?» y fue a la cocina para hervir unos *penne* (tenían que ser *penne*, porque su padre era incapaz de vérselas con nada que hubiera que enrollar con un tenedor) y calentar un poco de su salsa *arrabbiata* casera (últimamente disponía de mucho tiempo libre para practicar las artes culinarias), y cuando llevó la comida a la terraza, en la que ya empezaba a refrescar y a escasear la luz por el sol poniente, trató de persuadir a su padre de que comiera una ración generosa, al menos más de medio bol, pero le sacó un poco porque Colin dijo que había demasiado y después le volvió a servir un poco porque le había quedado una ración muy escasa, y le preguntó: «¿Esta cantidad te parece bien?», y trató de disuadir el ambiente añadiendo: «Ni un *penne* de más, ni un *penne* de menos», que le pareció una broma muy adecuada, ya que Jeffrey Archer era uno de los autores favoritos de su padre,¹

1. La frase juega con la similitud fonética entre *penne* y *penny* (penique, centavo) y la mención de Jeffrey Archer se debe a que una de sus novelas se titula *Ni un centavo más, ni un centavo menos*. (N. del T.)

pero Colin no pareció pillarla, y entonces Doug comentó que el singular de *penne* era diferente, *penna* o algo por el estilo, y eso arruinó la conversación y cenaron en silencio, escuchando la corriente del río, el sonido del viento entre los árboles y los ruidos de Colin al sorber para meterse la pasta en la boca.

–Voy a acostarlo –susurró Lois hacia las nueve, después de que su padre se hubiera tomado dos whiskies y empezara a dar cabezadas en la silla. Le llevó una media hora hacerlo y mientras tanto Doug se metió en la cocina para comprobar los cambios incorporados a su artículo por el subdirector y Benjamin se puso a hablar con Sophie sobre su tesis, que versaba sobre las representaciones pictóricas de los escritores europeos con antepasados negros en el siglo XIX, tema sobre el que él no tenía ni la más remota idea. Cuando Lois se reunió con ellos, tenía un aire grave.

–Está muy mayor –dijo–. De ahora en adelante no será fácil tratar con él.

–¿Qué esperabas que hiciera hoy? –replicó Benjamin–. ¿Que se pusiera a hacer la rueda?

–Ya lo sé, Ben. Pero llevaban cincuenta y cinco años juntos. Y durante todo ese tiempo él no ha hecho nada solo. No se ha cocinado una comida desde hace medio siglo.

Benjamin sabía lo que le rondaba por la cabeza a su hermana. Que, como buen varón, él encontraría el modo de escurrir el bulto para no tener que cuidar de su padre.

–Iré a verlo –dejó claro él–. Dos veces por semana, tal vez más. Le cocinaré. Y me lo llevaré de compras.

–Es bueno saberlo. Gracias. Y yo haré lo que esté en mi mano.

–Pues ya está. Ya nos las apañaremos. Claro que –y al hacer la siguiente observación sabía que estaba adentrándose en aguas pantanosas– todo sería más fácil si pasases un poco más de tiempo en Birmingham.

Lois no respondió.

–Con tu marido –añadió él de forma aclaratoria.

Lois bebió un sorbo de café con aire enfurruñado.

–Te recuerdo que trabajo en York.

–Claro. Pues podrías bajar cada fin de semana, en lugar de... ¿cada cuánto, cada tres o cuatro?

–Chris y yo llevamos años viviendo así, y nos va de maravilla. ¿No es así, Sophie?

La hija, en lugar de sumarse a la causa de Lois, se limitó a decir:

–A mí me parece raro.

–Estupendo. Gracias. No a todas las parejas les gusta vivir pegadas. No veo que tú y tu actual novio tengáis mucha prisa por iros a vivir juntos.

–Eso es porque hemos roto.

–¿Qué? ¿Cuándo?

–Hace tres días. –Sophie se levantó–. Vamos, mamá, es hora de volver a casa. Me gustaría tener una charla con papá antes de acostarme, aunque a ti no te parezca razonable. Te lo explicaré todo en el coche.

Benjamin las acompañó hasta el coche, le dio un beso a su hermana y un largo abrazo a su sobrina.

–Estupenda noticia lo de la tesis –le dijo–. No tan buena la del novio.

–Sobreviviré –replicó Sophie con una débil sonrisa.

–Dame las llaves –le pidió Lois–. Te has tomado tres copas de vino.

–No es verdad –aseguró Sophie, dándoselas de todos modos.

–Además, conduces demasiado rápido –dijo Lois–. Estoy segura de que viniendo hacia aquí la cámara de un radar nos ha sacado una foto.

–No lo creo, mamá, ha sido un reflejo en el parabrisas de otro coche.

–Lo que tú digas. –Lois se volvió hacia su hermano–. Creo

que hoy se habría sentido orgullosa. Has hecho un discurso muy bonito. Se te da muy bien jugar con las palabras.

—Eso espero. He escrito mucho.

Lois le dio otro beso.

—Bueno, creo que eres el mejor escritor inédito del país. No hay discusión posible.

Otro abrazo, cerraron las puertas del coche y Benjamin se despidió con la mano, deslumbrado por los faros del coche, mientras daban la vuelta con cuidado para enfilar el camino de acceso.

El ambiente todavía era lo bastante cálido como para dejar la ventana de la sala abierta. A Benjamin le encantaba hacerlo cuando el tiempo lo permitía, sentarse solo, a veces a oscuras, y escuchar los sonidos de la noche, la llamada de un auillo, el aullido de un zorro de caza y sobre todo el murmullo, eterno e inmutable, del río Severn (que en esta zona era un recién llegado a Inglaterra después de haber cruzado la frontera de Gales unos kilómetros aguas arriba). Pero ese día era diferente: estaba acompañado por Doug, aunque ninguno de los dos parecía tener mucha prisa por iniciar una conversación. Llevaban casi cuarenta años siendo amigos y no había gran cosa que no supieran el uno del otro. Al menos para Benjamin, bastaba con estar allí sentados, frente a frente, junto a la chimenea, cada uno con un vaso de Laphroaig en la mano, y dejar que las emociones del día se aposentasen y se disolviesen en la quietud nocturna.

Finalmente, sin embargo, fue él quien rompió el silencio.

—¿Has quedado contento con tu artículo? —preguntó.

El tono de la respuesta de Doug fue de un inesperado desdén.

—Supongo que sí —dijo—. Para ser sincero, últimamente me siento un poco como un fraude. —Cuando Benjamin lo miró sorprendido, se acomodó en el sillón y se explicó—: La verdad

es que creo que estamos en una encrucijada. El laborismo está acabado. Estoy convencido. La gente está indignada y nadie sabe cómo remediarlo. Lo he oído una y otra vez en la caravana de campaña de Gordon estos últimos días. La gente ve a esos tíos de la City que casi hundieron la economía hace un par de años y se han ido de rositas, ninguno de ellos ha pisado la cárcel y ahora vuelven a cobrar sus bonus mientras el resto de nosotros tenemos que apretarnos el cinturón. Los salarios están congelados. La gente no tiene el puesto de trabajo garantizado, ni planes de pensiones, no se pueden permitir irse de vacaciones con la familia ni reparar el coche. Hace unos años se sentían ricos. Ahora se sienten pobres.

Doug se estaba animando. Benjamin sabía que le encantaban este tipo de conversaciones, e incluso ahora, después de veinticinco años trabajando como periodista, nada le satisfacía más que cantar las verdades de la política británica. Él no compartía el entusiasmo de su amigo, pero sabía cómo manejarlo.

—Yo creía que a quien todo el mundo odiaba era a los tories —dijo para dar juego—, por el escándalo de los gastos. Lo de meter ahí la hipoteca de la segunda residencia, y todo eso...

—La gente culpa de eso a ambos partidos. Y eso es lo peor. Todo el mundo se ha vuelto cínico. «Oh, son igual de lamentables que los otros...» Por eso los resultados siempre eran bastante equilibrados, hasta hoy.

—¿Crees que va a haber tanta diferencia? No ha sido más que un error. Un desliz.

—Ahora basta con eso. Así de volátiles son hoy en día las cosas.

—Entonces es un momento óptimo para alguien como tú. Tienes un montón de material sobre el que escribir.

—Sí, pero yo... estoy desconectado de todo eso. El resentimiento, la sensación de miseria. No lo palpo. Soy un mero espectador. Vivo en esta maldita... burbuja. Vivo en una casa en

Chelsea que vale millones. La familia de mi mujer es propietaria de la mitad de los terrenos de los condados de alrededor de Londres. No sé de lo que estoy hablando. Y eso se nota en mis artículos. Desde luego que sí.

—Y cambiando de tema, ¿cómo van las cosas con Francesca? —preguntó Benjamin, que antes envidiaba a Doug su rica y guapa esposa, pero desde hacía algún tiempo había dejado de envidiarle nada a nadie.

—Bastante chungas, la verdad —respondió Doug, con la mirada perdida y un aire malhumorado—. Estos días dormimos en habitaciones separadas. Por suerte tenemos un montón.

—¿Y qué opinan vuestros hijos? ¿Han hecho algún comentario?

—Es difícil saber lo que piensa Ranulph. Está demasiado obsesionado con el Minecraft como para dignarse hablar con su padre. Y en cuanto a Corrie...

Benjamin había notado desde hacía ya tiempo que Doug nunca se refería a su hija por su nombre completo, Coriander. Detestaba el nombre (elegido por su mujer) incluso más que su desafortunada portadora de doce años. Y ella jamás respondía si no la llamaban «Corrie». El uso del nombre completo provocaba normalmente mutismo y una mirada ausente, como si alguien estuviese llamando a un desconocido invisible.

—Bueno —continuó Doug—, en su caso todavía queda cierta esperanza. Tengo la sensación de que está empezando a odiarnos a Fran y a mí y a todo lo que representamos, lo cual sería una excelente noticia. Hago todo lo que puedo para animarla a seguir adelante. —Volvió a llenarse el vaso de whisky y continuó—: Hace un par de semanas la llevé a la vieja factoría de Longbridge. Le hablé de su abuelo y de lo que hacía allí. Intenté explicarle qué era un delegado sindical. La verdad es que es bastante complicado tratar de hacerle entender a una niña de Chelsea que va a un colegio privado lo que eran los sindicatos en los años setenta. Y, joder, ya apenas queda nada de ese lugar.

–Lo sé –dijo Benjamin–. Papá y yo hemos ido alguna que otra vez a echar un vistazo.

La idea de que, muchos años atrás, sus respectivos padres estaban en bandos opuestos en la gran división social que marcaba el desarrollo industrial de Inglaterra les hizo sonreír y puso en marcha dos trenes paralelos de recuerdos, que en el caso de Doug acabó desembocando en esta pregunta:

–¿Y cómo estás tú? La verdad es que tienes buen aspecto. Esto de vivir en un cuadro de John Constable te sienta de maravilla.

–Bueno, ya lo veremos. Todavía es pronto para saberlo.

–Pero con respecto a Cicely..., ¿ya lo has superado?

–Por supuesto que sí. En este sentido estoy más que bien. –Se inclinó hacia delante–. Doug, me he pasado más de treinta años atrapado en una obsesión romántica. Y ahora se ha terminado. ¿Te puedes imaginar lo bien que me siento?

–Claro, pero ¿qué vas a hacer con esta libertad? No puedes pasarte el día aquí sentado, preparando salsa para la pasta y escribiendo poemas sobre vacas.

–No lo sé... Papá va a necesitar que cuidemos de él. Supongo que dedicaré bastante tiempo a eso.

–No tardarás en aburrirte de coger el coche para ir a Rednal y volver.

–Bueno..., quizá se podría instalar aquí.

–¿De verdad estarías dispuesto? –le preguntó Doug, y como Benjamin no respondió y él se percató de que volvía a tener el vaso vacío, se levantó con cierto esfuerzo y dijo–: Creo que me voy a acostar. Mañana tendré que madrugar si quiero estar en Londres a las nueve.

–De acuerdo, Doug. Ya sabes el camino, ¿verdad? Yo me voy a quedar un rato más. Para... digerirlo todo, ya sabes.

–Te entiendo. Es duro afrontar la muerte de uno de tus padres. De hecho, hay pocas cosas más duras. –Posó una mano sobre el hombro de Benjamin y le dijo con un tono emotivo–: Buenas noches, colega. Hoy has estado a la altura.

—Gracias —replicó Benjamin. Le dio unas palmaditas en la mano a Doug, aunque no fue capaz de añadir «colega». Nunca lo lograba.

A solas en la sala de estar, se volvió a llenar el vaso y fue a sentarse en el alféizar de madera de la ventana. La abrió un poco más para que el aire fresco le diera en la cara. La rueda del molino llevaba inutilizada varias décadas y ahora el río, que ya no estaba desviado y canalizado, fluía con un ritmo constante, sin agitación ni estruendo, con una apacible corriente continua y ondulada. Había salido la luna y Benjamin vio murciélagos revoloteando ante el telón de fondo del luminoso cielo gris. De pronto le invadió una profunda tristeza. Ya no pudo mantener a raya por más tiempo los pensamientos que llevaba todo el día intentando evitar: la ineludible realidad de la muerte de su madre, su agonía durante las últimas semanas.

Le vino a la cabeza una pieza musical y sintió la necesidad de escucharla. Una canción. Se acercó al estante en el que había dejado el iPod colocado sobre el altavoz, lo cogió y se puso a buscar entre la lista de artistas. Por lo visto lo último que había escuchado era a los XTC. Fue pasando a Wilson Pickett, Vaughan Williams, Van der Graaf Generator, Stravinsky, Steve Swallow, Steely Dan, Stackridge y Soft Machine hasta llegar al nombre que buscaba: Shirley Collins, la cantante folk de Sussex cuyos discos había empezado a coleccionar en los ochenta. Le gustaba todo lo que había grabado, pero había una canción en particular que durante las últimas semanas había adquirido para él un sentido especial. Benjamin la seleccionó, pulsó el play y justo cuando estaba a punto de sentarse en el alféizar para contemplar el río iluminado por la luna, la potente y austera voz de Collins, sin ningún acompañamiento y con mucha reverberación, emergió del altavoz y llenó la habitación con una de las canciones folk inglesas más sobrecogedoras y melancólicas jamás escrita.

Adiós, vieja Inglaterra, adiós
Y adiós a algunos cientos de libras
Si el mundo se hubiera acabado cuando era joven
Nunca habría conocido estos pesares

Benjamin cerró los ojos y bebió otro sorbo del vaso. Vaya día había tenido, con tal cúmulo de recuerdos, encuentros y conversaciones difíciles. Su exesposa Emily había aparecido en el funeral con sus dos hijos pequeños y su marido Andrew. Su hermano Paul, con el que hacía años que no se hablaba, había venido desde Japón, y ni siquiera se sintió capaz de establecer contacto visual con él, ni durante el funeral, ni en la recepción posterior. Acudieron también tías y tíos, amistades olvidadas y primos lejanos. Apareció Philip Chase, el más fiel de sus amigos del colegio King William y también, de manera inesperada, Doug, e incluso Cicely le había dado el pésame por email desde Australia, un gesto que iba mucho más allá de lo que Benjamin esperaba de ella. Y por encima de todo tuvo a su lado a Lois, cuya lealtad a su hermano era absoluta y cuya mirada se nublaba por la tristeza cada vez que creía que nadie la miraba. Lois, cuyos veintiocho años de matrimonio seguían siendo un misterio para él y cuyo marido, que se mantuvo todo el día solícitamente a su lado, con suerte logró recibir alguna ocasional mirada de ella...

Antaño bebía lo mejor
El mejor brandy y el mejor ron
Ahora me conformo con un vaso del agua fresca
Que fluye de ciudad en ciudad

La melodía arrastró a Benjamin hasta las dos últimas semanas de vida de su madre, cuando ya era incapaz de hablar y permanecía recostada en la cama del viejo dormitorio, y él se sentaba con ella durante horas y al principio hablaba, tratando de

mantener un monólogo, pero acabó teniendo que admitir que era inviable y decidió configurar una lista de reproducciones musicales para llenar el silencio entre ellos. De modo que preparó la lista, la ponía en reproducción aleatoria y durante el resto del tiempo que pasaron juntos —el resto de la vida de su madre— Benjamin apenas le dirigía la palabra, pero permanecía sentado al borde de la cama y le cogía la mano mientras escuchaban a Ravel y Vaughan Williams, a Finzi y Bach, la música más relajante que fue capaz de reunir, con la voluntad de que su madre llegase al final de su vida arropada por la belleza, y en la lista de reproducciones había más de quinientos temas y esta canción no salió durante mucho tiempo, casi hasta el último día...

Antaño me podía permitir el buen pan
Buen pan hecho con buen trigo
Ahora me doy por satisfecha con un pan rancio y duro
Y doy gracias por tener algo que comer

... También estaban en aquella casa Lois y su padre, pero ellos carecían de su capacidad de permanecer allí inmóviles, ellos entraban y salían del dormitorio, buscaban algo que los mantuviese ocupados en el piso de abajo: hacer el té, preparar la comida; en cambio, a Benjamin no le desagradaba la inactividad, se sentía cómodo allí sentado, y su madre también se sentía cómoda así, a ambos les gustaba quedarse simplemente mirando por la ventana el cielo, que ese día, lo recordaba bien, era de un intenso gris plomizo, un cielo bajo, opresivo, tal vez simplemente típico de un deprimente abril, o tal vez, pensó, tuviera algo que ver con la nube de ceniza volcánica que se había desplazado hacia Europa desde Islandia y estaba generando titulares de periódicos y el caos aéreo por todo el continente, y fue mientras contemplaba ese cielo y la insólita penumbra en pleno mediodía, cuando la canción de Shirley Collins empezó a sonar al

azar por el algoritmo del iPod y fue desgranando su desolada historia de un antiguo revés de la fortuna...

Antaño podía echarme en una buena cama
Una buena cama bien mullida
Ahora me doy por satisfecha con un montón de paja limpia
Que me proteja del frío suelo

Al prestar atención a la letra, Benjamin pensó que debía de ser una canción del siglo XVIII o principios del XIX, y ponía voz a la desolación de un prisionero que espera un traslado, pero las asociaciones que despertó en su mente esa noche no tenían nada que ver con derribar muros o colchones infestados de ratas; en lugar de eso pensó en lo que Doug le había dicho sobre la indignación que había percibido en la gente durante las últimas semanas en los actos electorales de Gordon Brown, la creciente sensación de injusticia, el resentimiento contra las élites financiera y política que habían engañado a la gente y se habían ido de rositas, la rabia contenida de una clase media que se había acostumbrado a las comodidades y la prosperidad y ahora veía cómo todo eso se le escapaba de las manos: «Hace unos años se sentían ricos, ahora se sienten pobres...»

Antaño me desplazaba en carroza
Con sirvientes que la conducían
Ahora estoy en la cárcel, en una celda tan estrecha
Que no sé ni hacia qué lado me puedo volver

... Sí, era posible extraer este sentido de la letra, deducir una historia de pérdida de privilegios cuyos ecos resonaban a través de los siglos, pero en realidad lo hermoso de la canción, lo que emocionaba a Benjamin y le llegaba al corazón, era la melodía, esa sucesión de notas que parecía tan precisa, majestuosa y de algún modo... *inevitable*, el tipo de melodía que en

cuanto la escuchas, tienes la sensación de que ya la conocías desde siempre y esa, supuso, debió de ser la razón por la que, aquella mañana, cuando la canción se acercaba al final y Shirley Collins repetía el primer verso con su voz de marcado y misterioso acento, que cortaba las palabras como un rayo de sol atravesando las aguas color vino de un río, justo en ese momento en que se repetía el primer verso, sucedió algo inesperado: la madre de Benjamin emitió un sonido, el primero que emitía desde hacía días, y es que todo el mundo había dado por hecho que las cuerdas vocales ya no le respondían, pero no era así, porque intentaba decir algo, o al menos eso es lo que imaginó él durante unos instantes, pero entonces se dio cuenta de que no decía ninguna palabra, no estaba hablando, la voz era demasiado aguda, el tono demasiado irregular, y aunque iba por completo dispareja con respecto a la grabación, su madre estaba *intentando cantar*; la canción le había despertado un viejo recuerdo y de las profundidades de su mente moribunda emergía, o trataba de emerger, una respuesta instintiva y primaria, y cuando el último verso llegó a su fin, Benjamin sintió un hormigueo al oír la otra voz, ese hilo de voz, esa voz inverosímilmente débil que tenía que ser la de su madre (aunque no recordaba haberla oído cantar nunca, ni una sola vez en todo el tiempo que habían pasado juntos), pero que en ese momento parecía provenir de una presencia incorpórea en la habitación, de un ángel o espíritu que anunciaba que su madre se iba a transformar en una entidad inmaterial...

Adiós, vieja Inglaterra, adiós
Y adiós a algunos cientos de libras
Si el mundo se hubiera acabado cuando era joven
Nunca habría conocido estos pesares

La canción había terminado. El silencio se apoderó de la sala y la oscuridad se cernió sobre el río.

Benjamin lloró, primero en silencio, después con sollozos cortos, jadeantes y convulsos que le sacudían el cuerpo y le provocaban dolor en las costillas y espasmos en los poco entrenados músculos de su rollizo estómago.

Cuando se calmó, permaneció sentado frente a la ventana y trató de relajarse para acostarse. ¿Debía echar un vistazo a su padre? Después del whisky y las emociones del día tendría que estar profundamente dormido. Pero Benjamin sabía que, desde hacía tiempo, a su padre le costaba conciliar el sueño; le sucedía desde hacía meses si no años, mucho antes de la enfermedad de su mujer. Parecía vivir en un permanente estado de ira contenida, que le alteraba tanto por las noches como durante el día. El comentario que hoy le había hecho a Benjamin sobre las cámaras de los radares de velocidad —«Estos cabrones solo buscan sacarte pasta a cada paso que das»— era típico de él. Colin podía no especificar quiénes eran «estos cabrones», pero sentía su presencia arrogante y manipuladora y la detestaba con toda su alma. Tal como le había dicho Doug a Benjamin: «La gente está indignada, muy indignada», aunque no supieran explicar por qué o con quién.

Benjamin se levantó para cerrar la ventana y echó una última mirada al río. ¿Eran imaginaciones suyas o esa noche la corriente tenía algo más de caudal y descendía un poco más rápido? Cuando compró la casa, mucha gente le preguntó si había pensado en el riesgo de una crecida del río y Benjamin siempre desestimaba esa posibilidad con altanería, pero la pregunta sembró la sombra de la duda. Le gustaba pensar que el río era su amigo, un compinche afable cuyo comportamiento él entendía muy bien y en cuya compañía se sentía cómodo. ¿Se estaba engañando a sí mismo? Si en algún momento el río abandonaba sus pacíficos y razonables hábitos, si por alguna razón impredecible se enojaba, ¿qué forma tomaría su ira?